

cual usó de todos los artificios para obligarla á que se perdiese á sí misma con una confesion infamatoria. Pero ella respondió gimiendo: «Señor, estoy á merced de vuestro poder: atormentadme, quitadme la vida; pero nunca oireis de mi boca mas que esta verdad: yo no tengo otras relaciones con este santo hombre que las que se deben tener con los guias celestiales que nos dirijen por el camino de la salvacion.» El emperador quedó confuso sin tener que replicar. De puro despecho se mordió las uñas de una mano, y con la otra hizo las gesticulaciones arrebatadas y ridículas que manifestaban ordinariamente su cólera y petulancia. En otro interrogatorio hizo poner á la vista una multitud espantosa de vergajos, y dijo á la acusada: «mandaré que todos se rompan en tu cuerpo si no confiesas tu infame comercio con Esteban;» mas ella, á imitacion del Salvador acusado por los judios, no respondió una sola palabra. Inmediatamente ocho satélites la cogieron por ambos brazos, y la estendieron en el aire en forma de cruz, mientras que otros dos la sacudian con todas sus fuerzas, el uno en el vientre y el otro por detrás. Ella permaneció sin hablar palabra y sin hacer ningun movimiento. Creyendo el emperador que habia muerto, hizo que la echasen en uno de los monasterios de Constantinopla. Ora quedase en efecto sin vida, ora fuese recogida y cuidadosamente ocultada por algunos ortodoxos, ello es que nada se volvió á hablar de ella desde aquel momento.

Era sobrado cruel y repugnante la injusticia y opresion con que se habia tratado á Ana para que se usase la misma conducta con Esteban, porque el tirano se lisongeaba con la esperanza de hacerle caer en sus lazos por medio de un nuevo stratagemata. Indujo á un jóven cortesano llamado Jorge á que fuese á verse con el santo abad, y manifestándole un grande aprecio de la vida

religiosa le pidiese el hábito. La desconfianza no es la cualidad de los Santos. Esteban se dejó persuadir, y concedió un asilo contra los peligros del siglo y de la corte al impostor sacrilego que se lamentaba con grande apariencia de piedad, de no haber podido hallar en ella la senda de la salvacion. Le puso desde luego el hábito de novicio, que llamaban hábito pequeño, le cortó el pelo al cabo de tres dias, y le dió el hábito monástico. Tres dias despues el impostor se escapó del monasterio, y fué á palacio á presentarse al emperador, el cual en el intervalo habia juntado el pueblo en la plaza del Hipódromo para quejarse de que los abominables, esto es, los monges, corrompian á las gentes de su corte. Cuando vió á Jorge en hábito de monge, convocó de nuevo la asamblea del pueblo, y le puso á su vista en este estado. La multitud ciega empezó á gritar contra Esteban: *muestra el seductor, el rebelde: es digno del último suplicio.* Entretanto para acabar la comedia, mandó el príncipe que Jorge fuese despojado inmediatamente de su hábito negro, llamado por el perseguidor hábito de tinieblas. Le quitaron primero el epidomo ó escapulario, luego la cogulla ó capucha, despues el ceñidor, y por último el anáabe, que era una especie de banda, ó por mejor decir, estola que los monges traian al cuello. Pasaron sucesivamente estas prendas de mano en mano entre los cortesanos y el pueblo; todas las arrojaban con desprecio, y las pisaban burlándose de ellas á porfia. En fin, cuatro hombres estendieron á Jorge en el suelo, le desnudaron enteramente, y le echaron encima un barreño de agua como para purificarle.

Despues de este preludeo burlesco envió el emperador al monte San Ausencio una multitud de gente armada que dispersó á todos los monges, y puso fuego al monasterio y á la iglesia, por lo que quedaron

reducidos á cenizas hasta los cimientos. A Esteban le sacaron de su gruta, cogiéndole por la garganta, llenándole de golpes y de injurias y escupiéndole en el rostro, y le condujeron hácia el mar desollándole las piernas entre las malezas y espinas. Habiéndole puesto en una barca, fueron costeano hasta el monasterio de Filípico cerca de Chrisópolis, donde le encerraron, y en seguida corrieron presurosos á dar cuenta al emperador (762).

Este llamó á cinco obispos, corifeos de los iconoclastas, á saber: Teodosio de Éfeso, Constantino de Nicomedia, Nacolio de Nacolia, Sisinio de Pastila y Basilio de Tricacabo, y dióles orden de que fuesen en compañía del patriarca Constantino á reducir á Esteban; pero el patriarca que conocía el antagonista con quien se las habia, rehusó la comision. El patricio Calisto, junto con otros muchos grandes oficiales de la corona, no pudo dispensarse de aceptarla. Llegaron á Chrisópolis é hicieron comparecer á Esteban que vino sostenido por dos hombres, con grillos en los pies, casi espirando, y en un estado que excitaba la compasion y el llanto. El obispo de Éfeso, que se tenia por sábio, le dijo: «Varon de Dios, ¿cómo os habeis llegado á persuadir que sabeis mas que el emperador y tanto número de obispos á quienes miráis como á hereges?»—«Consiste, respondió Esteban, en que vosotros introducís una novedad en la Iglesia, y en que se os puede decir con el Profeta: «en vano los grandes de la tierra y los pastores de los pueblos se han conjurado contra la Iglesia y contra Cristo.»—Constantino de Nicomedia, jóven colérico, no le permitió proferir mas palabras, y levantándose del asiento, dió un puntapié en el rostro del Santo que estaba sentado en el suelo. Uno de los guardias le dió otro en el vientre, le dejó caer de espaldas, y continuó dándole patadas en el pecho, hasta

que el senador Calisto, tanto mas indignado de esta brutalidad, cuanto un obispo habia sido su primer autor, abrevió la cuestion, diciendo en dos palabras al santo confesor: «escoged entre la muerte y la sumision al concilio.»

«Mi vida es de Jesucristo, replicó Esteban, y mi gloria es morir por su culto. Pero léaseme la definicion de vuestro concilio para ver lo que os hace enemigos de las santas imágenes.» Habiendo leído Constantino el título, que estaba concebido en estos términos: *definicion del santo concilio sétimo ecuménico*, replicó Esteban acerca de cada una de estas espresiones diciendo: «¿cómo ante todo puede llamarse santo un concilio que manda profanar las cosas santas, que niega el título de santos á los mártires y á los Apóstoles, y los llama secamente Apóstoles y mártires? ¿Cómo daís el nombre de ecuménico á un concilio cuya celebracion no ha sido con el beneplácito del obispo de Roma, sin cuya autoridad prohiben los cánones formar reglas acerca de las cosas eclesiásticas: á un concilio que no ha sido aprobado por el patriarca de Alejandria, ni por el de Antioquia, ni por el de Jerusalem, y que no ha sido enviado á toda la Iglesia y á las diferentes Sillas, para obtener su confirmacion? ¿cómo, en fin, puede llamarse sétimo concilio el que no está acorde con los seis precedentes?»—«¿En qué punto, replicó Basilio, hemos contravenido á los seis Concilios?»—«¿Pues qué, dijo Esteban, no fueron celebrados en las iglesias? ¿Y en estas iglesias no habia imágenes reverenciadas de los Padres? Responded, obispo; vuestros labios deben ser depositarios de la tradicion.» No tuvo Basilio que oponer. Levantando el Santo los ojos al cielo, prorrumpió en un profundo suspiro, y estendiendo luego la mano con autoridad, dijo: *cualquiera que no adore á Jesucristo en las imágenes que le*